



**E**ra un hermoso día de diciembre  
y ya se sentía calor.

Amadeo, el perro de los Martínez,  
se echó al sol sobre las baldosas  
del patio, mientras la familia  
almorzaba.



El damasco que había plantado el abuelo estaba tan lleno de fruta madura que a veces caía alguna, reventando en el suelo y salpicándolo todo.



Al perro salchicha le gustaba esa época del año.

Faltaba poco para el verano y él era feliz junto a la mesa donde la familia se reunía los domingos.



Observó a la mamá, al papá,  
a Martín y a Ximena.

¡Qué bueno era tener esa familia  
que lo quería tanto!



De pronto Amadeo escuchó algo  
que lo dejó preocupado, y entonces  
puso atención a lo que conversaban:





—¿No hay otra solución? —preguntó la mamá con cara pensativa.

—Me temo que no —respondió el papá con voz calmada.

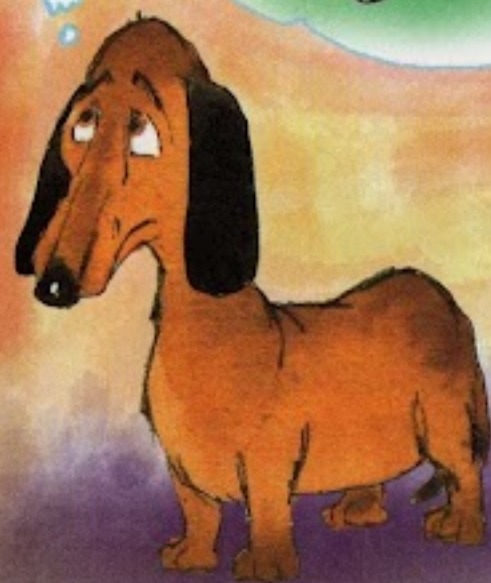
—¿De verdad que es lo único que se puede hacer? —quiso saber Ximena.

Martín permanecía en silencio y se notaba triste.





—Allí estará bien. Es un lugar acogedor. Los alimentan bien y los cuidan mucho —dijo la mamá con un folleto en la mano.



—Hasta los bañan y tienen un lugar agradable para dormir. También los sacan a pasear y los entretienen —agregó el papá.



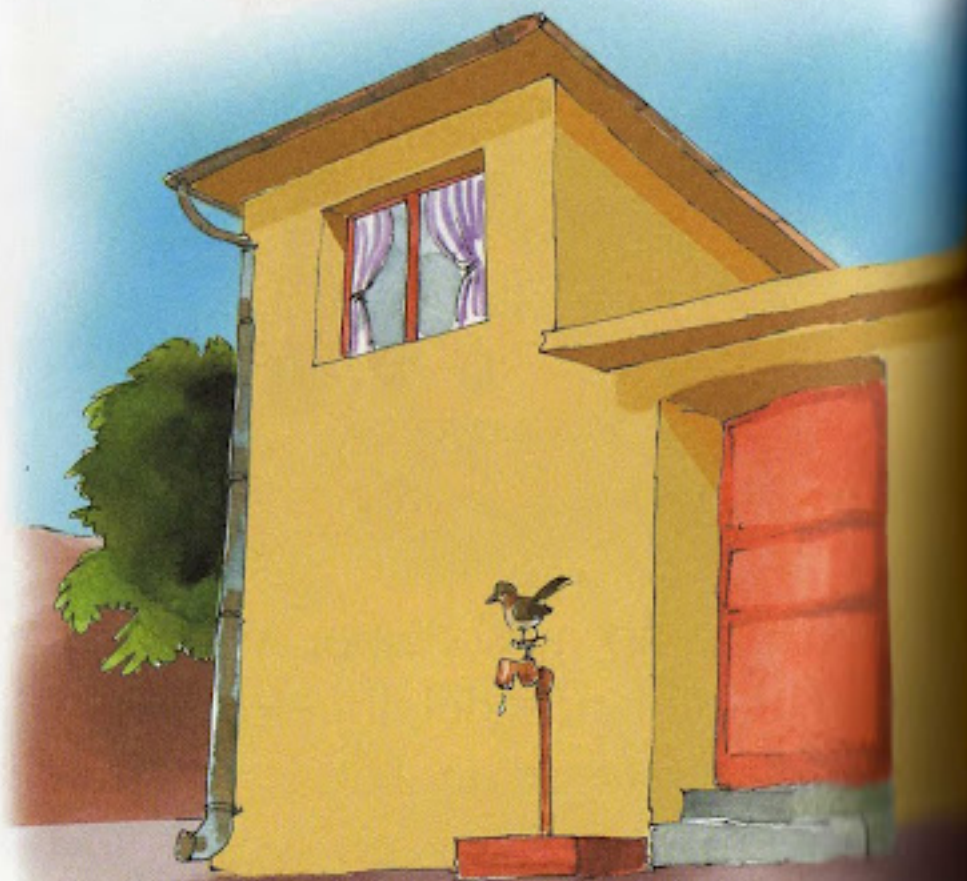
—Siempre hay médicos  
y hasta tienen peluquería  
—dijo finalmente la mamá.  
Los niños sonrieron con pena.



Amadeo no quiso saber más.  
¡Estaban hablando del abuelo! Pobre,  
ya era bastante viejo y hacía  
algún tiempo que vivía en la casa  
con ellos.



Y aunque permanecía casi siempre en su pieza, el trabajo había aumentado. Cada mañana tenían que levantarlo, llevarlo al baño y luego ayudarlo con la ropa.



Además era algo mañoso para comer, pero, claro, eso no importaba tanto, porque Amadeo recibía siempre lo que él había dejado en el plato.







—No se preocupen —dijo entonces la mamá—. Va a estar muy bien, es lo mejor para él.

Amadeo no pensó dos veces y subió corriendo al dormitorio donde el abuelito dormía la siesta.





Se sentó a sus pies y lo observó fijamente. ¿Cómo contarle lo que iba a suceder?

El abuelo se despertó y al verlo se alegró mucho.



—¿Qué cuenta mi perrito lindo?  
—exclamó—. Siempre me viene a ver,  
usted no se olvida de este viejito  
mañoso, ¿ah?





El perro se levantó en sus cuatro patitas cortas y empezó a mover la cola con rapidez. Luego, sin pensarlo mucho, se abalanzó sobre él y comenzó a pasarle la lengua con cariño por la cara.

—¡Amadeo! ¡Tranquilo! —gritaba el anciano entre carcajadas, haciéndoles el quite a los lengüetazos del animal.





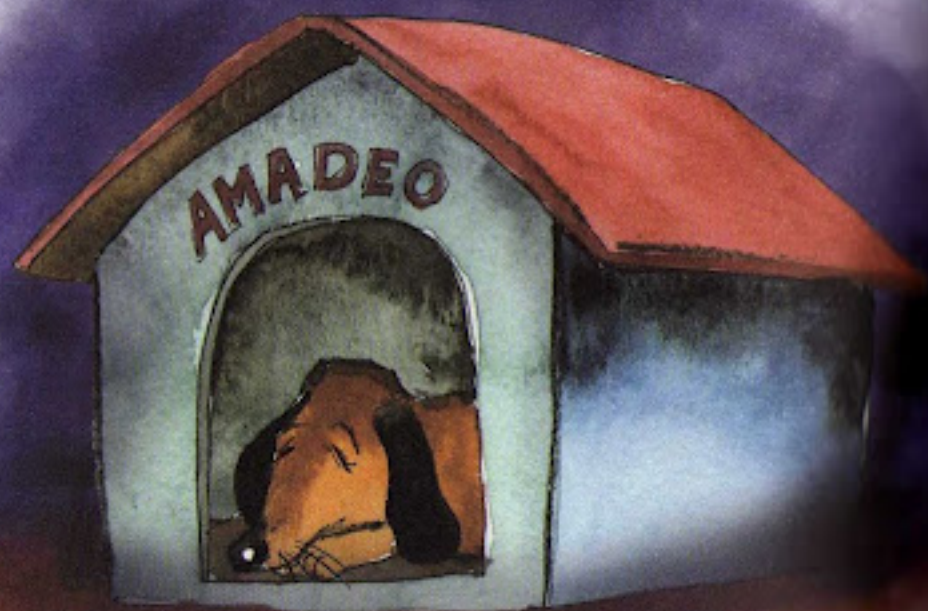
Pero Amadeo deseaba expresarle su gran cariño, y decirle que no debían llevarlo a un hogar de ancianos. Si eso ocurría, él lo iba a echar mucho de menos.



¿Quién le acariciaría el lomo cuando todos estuvieran ocupados?  
¿Quién encargaría galletitas en forma de hueso cuando fueran al supermercado?



Mientras más pensaba Amadeo, más le dolía el corazón, hasta que, por fin, decidió irse a su casita a dormir.



En un árbol el parrón.



A la mañana siguiente la mamá llevó al abuelo a sentarse bajo el parrón.





—Le hará bien tomar un poco de aire —le dijo, poniéndole un chal sobre las piernas.

Amadeo se sentó a su lado. Quería estar muy cerca de él.

En eso sonó el timbre.  
—Lo vienen a buscar —le susurró nerviosa la mamá al papá, que estaba acomodando la silla.





Un hombre con delantal blanco llegó acompañado de Martín.

Amadeo, sin pensarlo dos veces, se abalanzó sobre el abuelo y se agarró firmemente de él.



—Ya, Amadeo, no hagas escándalo... —ordenó el papá.



—Es lo mejor que podemos hacer... —suspiró Ximena, que estaba adentro leyendo en un rincón.



Pero Amadeo no se desprendió del abuelo, y éste, al darse cuenta de que algo extraño sucedía, lo aferró con fuerza.

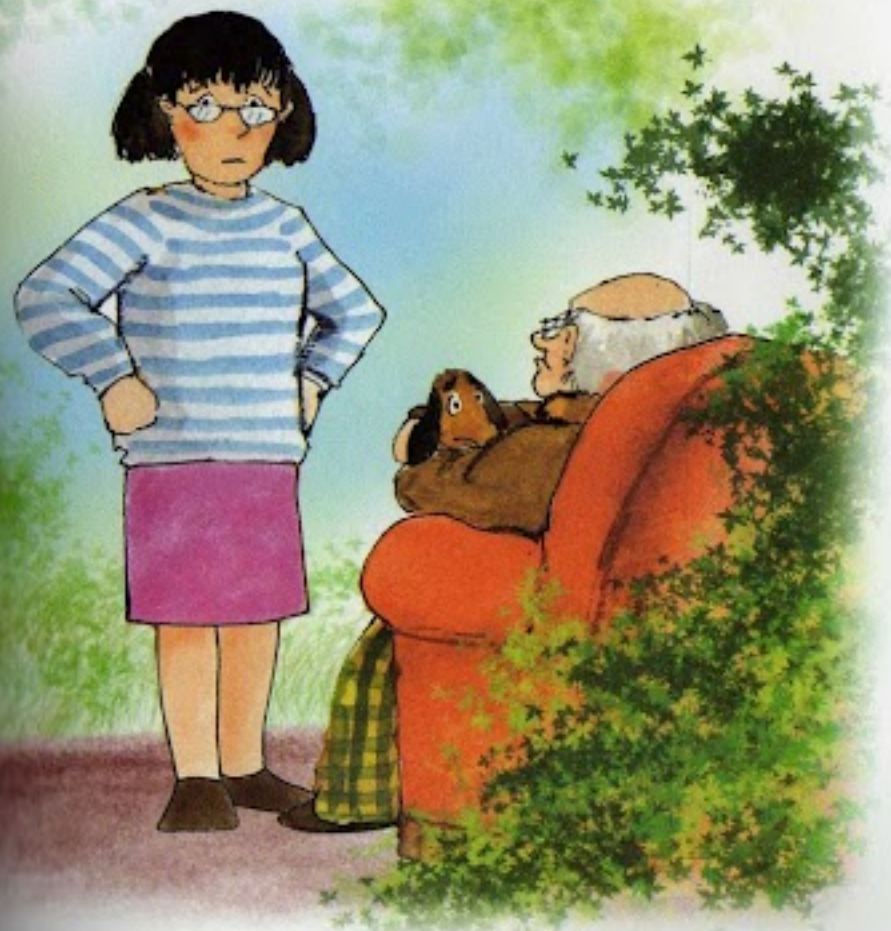




El hombre de blanco puso cara impaciente.

—Mamá, mira. ¡Si él no quiere que se lo lleven! —exclamó con pena Ximena.

—Ya, ¡no tanta cosa!  
—dijo la mamá con voz firme y se dirigió hacia Amadeo.





El perro saltó al suelo, la mamá lo quiso agarrar y, en eso, se le cayó el folleto que tenía bajo el brazo.



Al verlo, Amadeo quedó como petrificado. Allí en medio de las letras sobresalía la foto de un perro con gran sonrisa, anunciando el mejor de los hoteles para mascotas.





Con mucha rapidez, el abuelo alargó el brazo y recogió el folleto.

—¿Así es que vienen a buscar a mi regalón? —dijo con una voz muy potente—. ¿Se van a llevar a mi perrito? ¿Y se puede saber por qué?





Amadeo se instaló nuevamente sobre las rodillas del anciano.

Martín acompañó al hombre de blanco hasta la puerta y lo despidió.

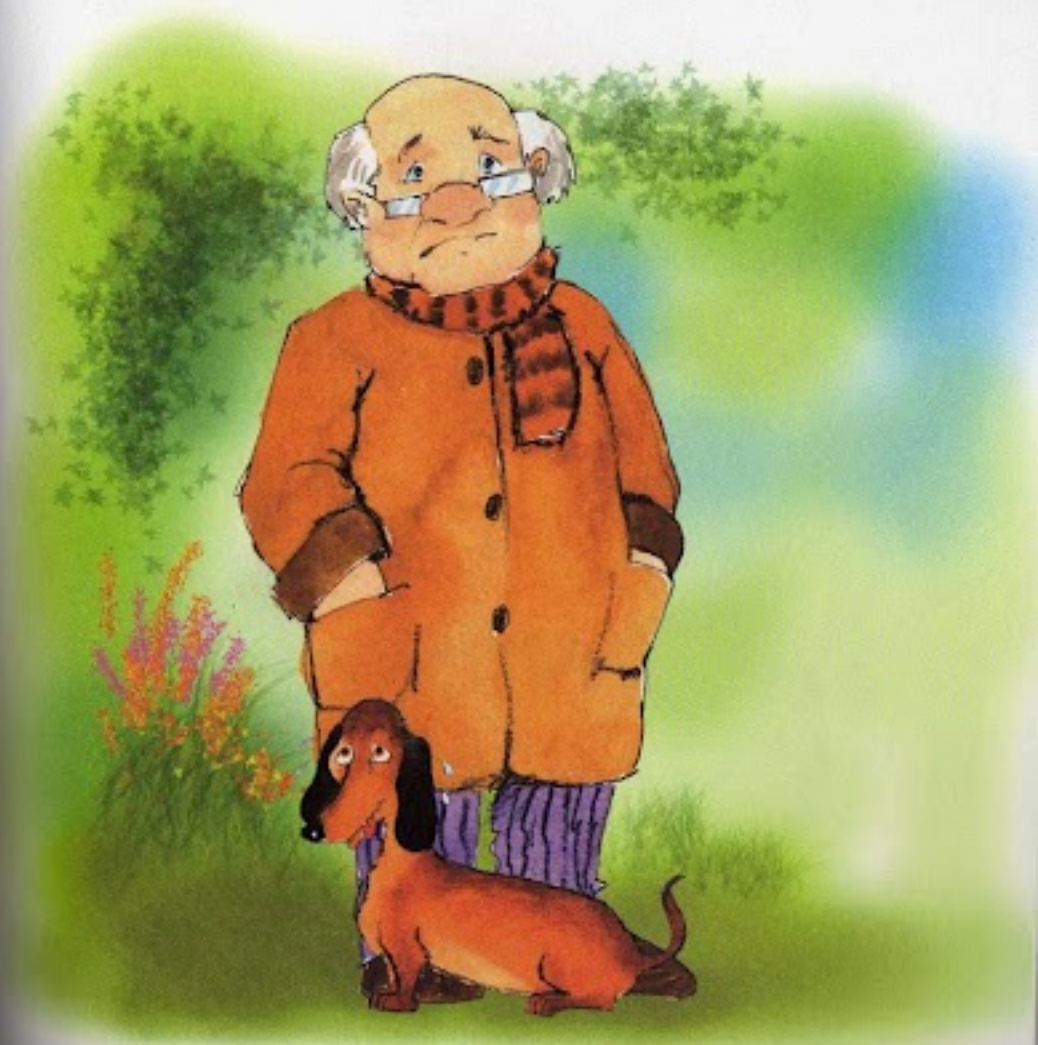


—Papá..., es que vamos a hacer un viaje con los niños y no sabíamos dónde dejar a Amadeo...

Es un hotel para mascotas muy bueno... —explicó la mamá.



—No me interesa... Si van a viajar, el perro se queda conmigo...  
Los niños sonrieron aliviados.  
La mamá y el papá se miraron.



Amadeo suspiró y se acomodó  
junto a los pies del anciano.  
Entonces éste preguntó:  
—Y si van a viajar, ¿con quién  
me voy a quedar yo?





—No se preocupe —respondió la mamá—. La señora Rosa se va a quedar acá... Claro que usted sabe..., ella no soporta a los perros... Y por eso pensamos en un hotel para mascotas...

—Ya la haremos cambiar de opinión, ¿verdad, Amadeo?  
—dijo el anciano sonriendo.







Amadeo movió la cola y lo miró con cariño. Los niños saltaban de alegría.

Y esa noche Amadeo durmió feliz a los pies del abuelo. Y lo mejor de todo era que, como siempre, ambos estaban juntos en casa.

